

## JOAQUÍN V. GONZÁLEZ Y SUS IDEAS SOBRE ARTE

Con un poco quizás de modestia, propia de todo hombre de pensamiento, Joaquín V. González afirmaba que nada sabía de arte en concreto, aunque confiesa poseer “una facultad admirativa vivaz para la obra plástica o pictórica” (1).

Es que como otras figuras de esa magnífica pléyade de hombres ilustres que integraron las generaciones de 1837 y 1880, González comprendió la importancia del arte como medio de “depurar el alma de sus impurezas y aguzar las facultades perceptivas del hombre” (2). Y a través de su intensa vida pública, bregó con tanto fervor como Sarmiento por la difusión entre nosotros de las manifestaciones artísticas, considerando como el eminente sanjuanino, que era deber irrenunciable del Estado arbitrar los medios propicios al desenvolvimiento del arte.

“No hay estado social —expresa en tal sentido— donde no pueda existir el arte; y si aun las razas primitivas de América tuvieron su literatura, sus monumentos arquitectónicos, sus cantares y danzas populares, ¿cómo no ha de existir entre nosotros, que en forma más o menos definida, hemos alcanzado ya la escala superior de la civilización?” (3). Y agrega para subrayar este concepto: “Un pueblo de nuestro tiempo, siquiera se haya incorporado tarde a la cultura universal, y siempre

---

(1) JOAQUÍN V. GONZÁLEZ, *Obras completas*, Universidad Nacional de La Plata, 1935. Vol. XVIII.

(2) Ob. cit. vol. XX, p. 47.

(3) Ob. cit. vol. XVIII, p. 339.

que comprenda su misión histórica y su destino, es algo más que un conglomerado o un núcleo étnico: es un cuerpo viviente que lleva en sí un centro de fuerzas vivas en conexión con las demás que mueven el mundo. Entre éstas el arte ocupa la cima de la fábrica, y como en las antiguas civilizaciones, aún no superadas en esencia, dirige, conduce y arrastra a las sociedades hacia las más altas preeminencias y conquistas" (4).

Para este hombre empeñado ardorosamente en una acción tendiente a crear condiciones favorables para el progreso de la patria en sus más diversas expresiones de la vida individual y colectiva, el arte no es "asunto despreciable", sino factor principalísimo para la formación de una auténtica nacionalidad. Y estimaba que en países como el nuestro, que recién comenzaban a "vivir por sí mismos", las manifestaciones artísticas debían ser materia de la más alta trascendencia y merecer la mayor preocupación. Ciencias, artes, educación estética, son para él disciplinas que, desarrolladas en forma integral, tienden a la formación de una verdadera comunidad, en la que el sentimiento, "que es generador de pasiones, se transforma en agente civilizador, en fuerza insuperable de cohesión y armonía social" (5).

Su pasión educadora le hace ver la faz docente como el más valioso aspecto en el desarrollo de las expresiones del arte, ya que lo considera eficaz medio para la formación del ansiado "ser nacional". No le inquieta en este sentido que la enseñanza pueda convertirse en "una cuestión profesional o lucrativa", pues considera que a pesar de ello la difusión del arte será una realidad dentro del núcleo social y originará en el pueblo una capacidad de contemplación que hará posible una verdadera comprensión de los valores que le son propios, a la vez que facilitará aquella "cohesión y armonía" que él estimaba imprescindible para el logro del "hombre argentino".

---

(4) Ob. cit. vol. XIV, p. 262.

(5) Ob. cit. vol. XIV, p. 262.

Consecuente con ello, afirma en oportunidad del acto realizado con motivo de la nacionalización de la Academia de Bellas Artes, en 1905, siendo ministro de Instrucción Pública: "Si la influencia modeladora de las artes del dibujo es tan poderosa en el alma juvenil, su importancia en la formación del carácter nacional no es menos manifiesta; y uno de los motivos por los cuales esta adopción se ha realizado, es la necesidad de imprimir a sus estudios un sello nacional..." (6). Sello que, lamentablemente, el arte argentino no adquirió aún a pesar del esfuerzo de quienes luchan, en el campo estético, por plasmar una expresión propia.

Influido por Taine, a quien cita en repetidas ocasiones, González cree en la gravitación del medio. Lo considera absorbente y como crisol en cuyo interior se producen las reacciones que "transforman hasta en su esencia la naturaleza de las cosas" (7), pero esto no le impide sostener que "la belleza, como la verdad, no tiene tiempo ni lugar", y afirmar que "la patria del arte es la patria del espíritu humano" (8).

Para el ilustre riojano, antes que todo, era menester consolidar la Nación, pues mientras ésta no presente una homogénea integración ciudadana y una coherencia de ideales, el arte entre nosotros no será más que una heterogénea manifestación sin raigambre en la tradición. Quiere, de tal manera, que cada obra de arte argentino lleve en sí el alma de la tierra. "Sí —expresa—; las artes que tienen por esencia el sonido, la forma o el movimiento, son una emanación de la tierra, más inmediata o más remota" (9).

Pero para él, espíritu abierto a todas las inquietudes que significaran la elevación de las condiciones de vida material y moral, hacer *arte nacional* es hacer *arte universal*. "Una nación —expresa en 1914— contribuye tanto más a la labor

---

(6) Ob. cit. vol. XIV, p. 270.

(7) Ob. cit. vol. XVIII, p. 33.

(8) Ob. cit. vol. XIV, p. 271.

(9) Ob. cit. vol. XX, p. 27.

universal de la cultura por el arte, cuanto más suyos y exclusivos son los caracteres que sepa imprimir a sus obras" (10).

González concibe el artista como un creador —“no se sabe, dice, si la realidad está en el alma del artista o en la materialidad de la forma original” (11)—, y al verdadero talento por el modo personal de interpretar el modelo, lo que no impide que se lamente ante la creciente tendencia que busca ya por entonces alejarse de la imitación natural, como una forma de afirmar una más real autonomía del arte.

Pero si conceptúa que el arte ha nacido de la naturaleza, estima que “la gloria artística más pura será la que se conquista por la lucha en el iluminado estadio de las fuerzas creadoras” (12).

Hombre de exuberante vida interior y fértil imaginación, unía a su vasta erudición una particular comprensión de los más diversos problemas de su patria. Y en su múltiple acción pública le preocupó con igual intensidad lo social y político, como lo educacional y artístico.

Comprendía perfectamente que el arte expresa la vida en sus diversas variaciones, que en él se funden las pasiones y los instintos y que en su ámbito caben el bien y el mal. Por eso ambicionó un arte nuestro, en el que todo lo argentino palpitará con ritmo propio.

Si lo artístico es en última instancia la conciliación, a través de forma y espíritu, de todo lo existente y de todo lo anhelado, González quería íntimamente que fuera un arte puro y enraizado en la tierra el vínculo que reconciliara a los argentinos y creara el clima necesario para una comprensión colectiva.

El panorama que le ofrece otros países, con sus pueblos unidos en la música, el canto, la danza, la poesía, la plástica y el teatro, le incita a “soñar” en una literatura y un ar-

---

(10) Ob. cit. vol. XVI, p. 127.

(11) Ob. cit. vol. XIV, p. 268.

(12) Ob. cit. vol. XIV, p. 271.

te que realizaran el milagro nacional. De ahí que, vinculado por amistad personal y particular sensibilidad a pintores y escultores de la época, se vanaglorie de haber ansiado con ellos el nacimiento y posterior expansión del arte nacional, al que asigna importante papel como “modelador del alma colectiva”; precisamente en un país como el nuestro, tan trabajado por elementos disociadores desde el origen mismo de nuestra vida independiente. Así pudo decir, viendo las obras del primer Salón del Ateneo, en 1894, que ellas le sugerían desconocidas esperanzas para el porvenir, imaginando al país ya poseedor de una pléyade numerosa y radiante de artistas. No estaba muy lejos, por cierto su imaginación, pues bastaron pocos años más para que la pintura y la escultura comenzaran a definirse entre nosotros como un serio intento por ir superando la etapa precursora y afirmar la voluntad de un quehacer orgánico, si bien influenciado por una expresión técnica foránea, al menos alentado por el afán de consustanciarse con los motivos de nuestra propia realidad nacional.

En cuanto a la crítica de arte, González considera que debe condicionar su ejercicio con el tiempo y el medio, ubicando la obra en la justa medida de lo que significa como expresión de una labor personal y atendiendo a los factores de época que la caracterizan. Cree que ella debe ser docente, evitar la confusión y facilitar la comprensión de la obra por parte del público, conceptos que pone en práctica cuando le toca actuar en función de tal, como en ocasión de escribir la introducción del catálogo de la exposición realizada por el pintor argentino Antonio Alice en Río de Janeiro, en 1918. Entre otras consideraciones valorativas de la obra del pintor de los *Constituyentes*, dijo entonces González que no puede haber arte verdadero sino priva la sinceridad, afirmando que la *modalidades* en pintura, “hijas del tiempo y de ciertas influencias ambientales de dentro o de fuera, son *modas*, no *esencias*” (13).

---

(13) Ob. cit. vol. XIX, p. 481.

El pensamiento y la acción de Joaquín V. González, estuvieron determinados, de tal modo, por la íntima convicción que “la ciencia, que conduce a la verdad universal, y el arte, que guarda el secreto de la armonía definitiva de las almas, deben ser la ecuación de la felicidad en el mundo que habitamos” (14).

El recordado autor de *Mis montañas* y *La Tradición nacional* mantuvo viva en todo momento su vocación en este sentido. Y su creencia en los valores permanentes del arte como instrumento de cultura y progreso, lo incitó a una fervorosa prédica en favor de la necesidad de difundir las diversas manifestaciones del quehacer artístico, continuando así con la acción civilizadora de Sarmiento, para quien el arte era la más viva expresión de nuestro ser. Como él, González creyó en la función social del arte y bregó ardientemente porque en la Argentina del futuro esa función se cumpliera con amplitud mediante el estímulo de la vocación personal y la acción educadora del Estado. Su preocupación, al respecto, se mantuvo siempre alerta, y en cuanta ocasión tuvo, se prodigó con entusiasmo desde la función pública o como simple ciudadano.

EDUARDO RAUL STORNI

Juan de Garay 2674, Santa Fe

---

(14) Ob. cit. vol. XIV, p. 130.